

Imaginario social, trabajo y educación

Su problemática actual en medios populares del Gran Buenos Aires

por **Jorge R. Seibold S.I. (San Miguel)**

El imaginario social de un pueblo se constituye históricamente a través de un complejo entramado de discursos, prácticas sociales y valores que conforman a esa sociedad (Díaz, 1996). La complejidad de tal entramado y la diversidad de aspectos que lo constituyen hace pensar que el imaginario social es una entidad de naturaleza cultural en permanente cambio, y a la que es conveniente auscultar interdisciplinariamente desde sus más variadas manifestaciones. En un estudio anterior intentamos indagar la problemática del imaginario social en medios populares del Gran Buenos Aires en relación con la religiosidad popular y la transformación educativa (Seibold, 1996). Como continuación de ese trabajo queremos ahora tratar el tema de la incidencia actual del trabajo y de la educación en la conformación actual del imaginario social en esos mismos medios populares del Gran Buenos Aires. En una primera parte trataremos la nueva problemática del trabajo a partir de las constataciones que nos proporcionan los análisis de las ciencias sociales y sus demandas al sistema educativo. Luego, en una segunda parte, nos referiremos a la problemática educativa en su relación a la capacitación laboral tal como hoy se plantea contemporáneamente a partir de la globalidad económica y en relación a los cambios en curso de las políticas educativas argentinas, especialmente en el área de la Enseñanza Polimodal (EP) y en el así llamado Trayecto Técnico Profesional (TTP), como así también en el área de la Enseñanza Superior y Universitaria, que están en marcha desde la promulgación de la Ley Federal de Educación 24.195, sancionada en 1993. Finalmente, en la tercera parte, trataremos de esbozar a nivel filosófico las principales determinaciones y tensiones a que está expuesto este imaginario social en la presente coyuntura, a partir de esta doble coordenada laboral-educativa. Esta reflexión filosófica, así lo esperamos, nos permitirá abrir un horizonte de sentido y de verdad, que no solo ilumine la mejor comprensión teórica del problema, sino que también pueda insinuar fructuosos caminos para la práctica.

1. La nueva problemática del trabajo y sus demandas al sistema educativo

Para poder aprehender la actual y nueva problemática del trabajo es conveniente proceder por círculos concéntricos donde tengan lugar la información sociológica, la interpretación histórica y la comprensión filosófica, ya que a través de todos los cambios registrados emerge un nuevo concepto de trabajo, que es importante captar a fin de vincularlo luego, con el sistema educativo.

1.1. Desocupación y flexibilidad laboral

Un primer signo en relación al trabajo, científicamente registrado por las ciencias sociales, es el de los preocupantes índices de desocupación, que afectan a nuestras sociedades y que están instalados en mayor o menor grado tanto en las economías de los países centrales como en las de los periféricos. Si bien los índices varían de un país a otro o entre diversas regiones puede decirse que el fenómeno es universal (Farrell, 1996, p.22). Así mientras que algunos países asiáticos mantienen tasas bajas de desempleo que rondan el 2 ó 3 % debido a una alta flexibilidad laboral interna y a bajas condiciones de trabajo y salario, otros países rondan sus tasas alrededor del 6 al 10 % como son los de América Latina, que en 1995 tenían una tasa promedio de 7,23 %, o los de Europa oriental que registraban en ese mismo año una tasa del 9,24 % y los EE.UU. que llegaba al casi 7 %. Un tercer grupo de países entre los que se encuentran varios europeos y la Argentina mantienen por diversos motivos tasas elevadas que van del 10 al 25 %. El caso argentino, que aquí nos interesa más directamente, nos dice que la tasa de desocupación en 1994, que era del 12,14 %, vino a alcanzar su pico máximo en 1995 con 18,6 %, para llegar a situarse en el 17,1 % en abril-mayo de 1996. Esto significa que en la Argentina hay actualmente del orden de 2 millones de personas desocupadas, a pesar de ser potencialmente activas desde el punto de vista económico. Estos guarismos se incrementan si se toman en cuenta las tasas de subocupados demandantes y no demandantes de nuevos trabajos, que sumaban a esa fecha un 12,6 %, lo que significa otro grueso de la población del orden del millón y medio de personas sin trabajo pleno. Si sumamos ambos índices llegamos a un total del 29,7 % de desocupados y subocupados en la Argentina, lo que representan casi 3 millones y medio de personas en esas condiciones, sobre un total de algo más de 10 millones de personas ocupadas. Estas cifras sufren variaciones cuando se estudian las diversas regiones del país en particular. Así los índices

suelen ser más altos en el Gran Buenos Aires, donde en abril-mayo de 1996 se alcanzó un 18 % de desocupados y un 12,6 % de subocupados, con lo que se superaba la tasa del 30 %. Pero estas cifras deben leerse dentro de un contexto bien distinto del europeo, ya que aquí la desocupación implica, además, una creciente precarización del trabajo (García Delgado, 1996, p.50).

Esta "precariedad" laboral se hace sentir hoy dramáticamente entre nosotros por dos motivos fundamentales. El primero se refiere a los efectos negativos que produce en la población una desocupación, que a diferencia de los países centrales, no está prácticamente resguardada por seguros de desempleo (menos de un 8 % de los desocupados recibe algún tipo de subsidio). El segundo está vinculado a un síntoma, que ya empieza a ser común con los países de centro, como es el temor y la incertidumbre que produce la falta de garantía de un empleo estable. Este temor e incertidumbre se hacen patéticos y cotidianos cuando el trabajador comprueba que la obra social ya no lo cubre, cuando su salario no le alcanza para sostener a su familia, cuando por razones de falta de activación económica su trabajo sufre suspensiones temporarias, cuando se ve despedido después de haber trabajado años en una empresa donde dio lo mejor de su vida y en la que estuvo ligado a entrañables compañeros, o cuando ya despedido no cuenta ni con dinero para pagar el transporte que lo lleva a solicitar un nuevo empleo. Todo esto muestra fehacientemente que la desocupación o la precariedad del trabajo conlleva un costo social. Es así que se acrecienta la situación de pobreza (Ameigeiras, 1996, p.409). A los así llamados "pobres estructurales", que poseen necesidades básicas insatisfechas en subsistencia, vivienda, salud y educación, se les han agregado últimamente los "nuevos pobres", que si bien tienen las necesidades básicas satisfechas han sufrido por las políticas de ajuste una drástica disminución de sus ingresos, que los ha situado por debajo de la así llamada línea de pobreza. Se estima que un 50 % de la población del Gran Buenos Aires estaría debajo de esta línea.

1.2. Globalidad y empleo

La caída del pleno empleo y de la estabilidad laboral no se deben, como algunos erróneamente creen, a las políticas neoliberales aplicadas en estos últimos años en muchos de nuestros países (Calvez, 1996). Las políticas neoliberales tienen otras responsabilidades que agravan o dificultan la correcta resolución de este problema, pero no son la causa misma del problema. Para comprenderlo es preciso retrotraernos hacia los años 50 cuando el Estado de Bienestar se convirtió para Occidente en el modelo económico por excelencia. Esto llevó a la

conformación de un Estado que se adjudicó una triple tarea, la de consolidar la infraestructura para el asiento de la industria nacional, la de regular los contratos y la de atender las necesidades sociales de la población. Pero sus promesas de aumento de la productividad, de pleno empleo y equidad social no pudieron cumplirse. Desde mediados de los años 70 al no poder satisfacer estas expectativas el Estado de Bienestar entra en crisis y comienzan a aparecer políticas conservadoras de ajuste que en general van a configurar en estos últimos 20 años el modelo de Estado neoliberal actualmente en vigencia (cfr. Neoliberales y pobres, 1993, p.25).

Por otro lado e independientemente de este giro socio-político se daban en el mundo al menos cuatro factores que alteraban profundamente el panorama, y que es necesario tener bien en cuenta para apreciar debidamente la problemática del trabajo en toda su amplitud (García Delgado, 1996, p.55). El primero es el impacto masivo de la *revolución tecnológica*, la así llamada "tercera ola" (Toffler, 1992), donde la informática, la robótica y la telemática son introducidas en el circuito productivo con la consiguiente reducción de mano de obra y personal no especializado. De este modo hoy la entrada de grandes capitales a un país no significa automáticamente la creación de nuevo empleo. El segundo factor es el de las *nuevas formas de gestión* (Osborne y Glaeber, 1994) introducidas tanto en la red productiva como en el marketing a fin de optimizar la oferta. Este factor ha hecho que también se racionalice el empleo al disminuir las formas gerenciales y burocráticas de la gestión económica y comercial. El tercer factor, la emergencia a escala mundial de los *mercados financieros* hace que se genere tanto sobre los gobiernos endeudados como sobre las empresas altos costos financieros, que distraen inversiones del sector público y privado generando con ello influencias restrictivas sobre el empleo. Finalmente el cuarto y más decisivo factor es la emergencia en estos últimos decenios de una *economía globalizada* que ha significado el fin de la hegemonía de las economías nacionales (Reich, 1993, p.87) y con ello la entrada en escena de una nueva faz del capitalismo transnacional sin fronteras ni banderías patrióticas. Esto ha llevado a considerar al mundo como un gran mercado. Las mismas empresas se han descentralizado y operan dentro de un mercado globalizado donde se privilegia la competitividad, la innovación tecnológica, la calidad y la eficiencia. Por su parte los productos resultan de combinaciones internacionales donde empresas de los más diversos países participan en su diseño, fabricación, promoción y venta. Esta economía globalizada tiene como presupuesto una política de puertas abiertas de tal modo que se pueda desarrollar sin cortapisas aduaneras. Esto ha llevado en muchos de nuestros países al

cierre de numerosas empresas al no poder competir en igualdad de condiciones con los productos importados. Incluso en productos donde nosotros éramos tradicionales productores. Esta situación ha causado también el aumento de la desocupación en sectores productivos de baja y media preparación tecnológica y la aparición de otros emergentes que han llevado a incrementar y multiplicar el sector de servicios, el "cuentapropismo" y la "economía informal". Por su lado este tipo de economía globalizada ha favorecido la demanda de más y mejores "analistas simbólicos" (Reich, 1993, p.171), que vienen a ocupar en la sociedad un rol cada día más significativo.

1.3. Hacia una nueva comprensión del trabajo

Puestos todos estos aspectos en su conjunto ya puede verse que en este fin de siglo se está gestando un nuevo concepto de trabajo, que es bien diferente del gestado a fines del siglo XVIII y en el transcurso del XIX cuando se concibió el trabajo como el factor fundamental de la creación de la riqueza de las naciones. El analogado principal del concepto de trabajo era el de "trabajo productivo", luego ampliado al sector "servicios", que un obrero llevaba a cabo en un establecimiento industrial a cambio de un "salario" mensual, que le era adjudicado por la Empresa. Todo esto tiende a desaparecer con el fin de siglo y comienzo del siglo XXI. Se estima que en el año 2025 habrá sólo un 2% de obreros asalariados en el mundo y algo semejante ocurrirá con los pertenecientes al sector servicios (Dubois, 1996, p.60). Se plantea el problema de a dónde irán todos los desplazados de sus empleos originales. Ya no se cree tanto en el mecanismo de que la tecnología al multiplicar la riqueza forjará nuevas posibilidades de empleo en otros dominios hasta el momento no explorados. Lo que se plantea hoy es una verdadera crisis del "trabajo asalariado", una verdadera crisis del "empleo" tal como había sido concebido desde el siglo XVIII en sus diferentes modalidades (Rifkin, 1996). La gran empresa industrial que con un personal estable atacaba por ella misma todas las etapas de la fabricación de los productos ya ha quebrado y deja al descubierto la crisis del empleo asalariado. No es una crisis del trabajo propiamente dicho, sino de una modalidad del trabajo como es el trabajo o empleo asalariado. Aquí se descubre una nueva posibilidad civilizatoria de recrear una nueva forma de trabajo, más personal, más creativa. El trabajo de ahora en adelante será precario, flexible, temporal y dependiente en gran medida de la preparación cognitiva, práctica y gestoria del propio trabajador. Este será gestor de su propio esfuerzo y competencia y se vinculará con otros en proyectos comunes mediante

contrato de actividades, con los cuales podrá formar una empresa virtual. Ya no se trata de la antigua manufactura medieval todavía ligada a la familia y a la artesanía, sino a una relación en la sociedad civil y mediada por la novísima revolución informática y tecnológica, que imprescindiblemente se deberá manejar a fin de poder competir con éxito en el mercado de productos y servicios, y que lo asimilan al "analista simbólico" del que hablábamos más arriba. Es bien probable que esta evolución no será rectilínea, ni inmediata, pero no puede ignorarse que muchos de sus signos ya están entre nosotros y no dejarán probablemente de multiplicarse y de profundizarse en el porvenir.

En este nuevo modelo el trabajador ya no está confinado a depender de un empleo fijo en una empresa. Pero lleva sobre sí la responsabilidad de formar y actualizar sus competencias en orden a poder desempeñarse eficientemente en el mercado del trabajo. Esto abre una nueva instancia o demanda sobre el sistema educativo de un país. La crisis de la empresa industrial desempleó a muchos operarios que hoy han pasado al "cuentapropismo", al no hallar otro empleo asalariado tanto en el sector "productivo" como en el de "servicios". Pero el "cuentapropismo" es un figura "débil" del trabajador independiente o "analista simbólico", ya que no cuenta con las competencias cognitivas, prácticas y gestionarias de éste. Por eso la existencia de "cuentapropistas" así concebidos no constituye el sector preponderante y dorsal de la así llamada "economía informal", sino sólo un sector lateral, aunque numeroso, pero no decisivo para esa economía. La aparición en nuestros países de otros sectores de "economía informal" (Razeto, 1984), organizados comunitariamente y suficientemente capacitados permite visualizar nuevos signos promisorios en estas nuevas modalidades del trabajo. Modalidades que no solo recuperan las exigencias actuales del mercado de trabajo, sino que al incluir una gestión solidaria del trabajo recuperan valores que fueron largamente postergados por la concepción industrialista del trabajo. Esta recuperación solo será posible si se invierte en tres factores fundamentales de la acción humana como son el factor inteligencia, el factor gestión y el factor conducta. Factores que están en el centro de la nueva concepción del trabajo y también del hecho educativo.

Esta nueva concepción de trabajo en su dimensión socio-económica debe ser comprendida dentro de una perspectiva global, histórica y cultural de la acción humana (Cfr. Riedel, 1979; Seibold, 1987; Santuc, 1997). No debe olvidarse como punto de partida de esta recuperación los aportes de la antropología aristotélica al distinguir los diversos órdenes del conocer (theoria), obrar (poiesis) y actuar (praxis). Para Aristóteles el conocer verdadero determina al hombre en su saber

teórico y el actuar virtuoso lo determina en su saber práctico. El ámbito del obrar (poiesis) que está ordenado a las cosas exteriores no cualifica al hombre en cuanto tal, es por ello que ese ámbito es reservado más bien al esclavo y no al hombre libre. Esta comprensión del trabajo como algo poco acorde con la dignidad del hombre recibirá en la primera tradición cristiana una interpretación espiritual que lo extiende a todo hombre por efecto del pecado original, siguiendo el mandato divino "...y ganarás el pan con el sudor de tu frente" de las primeras páginas del Génesis. La tradición cristiana de los Padres, especialmente San Benito, incorporará el trabajo como medio ascético y de subsistencia para los monjes. Ya ahora el "ora et labora" no son incompatibles, sino caminos complementarios para la salvación. Pero un cambio substancial del concepto y rol del trabajo se produce con la edad moderna. Con Locke el trabajo se hace fuente de legitimación jurídica sobre la propiedad. Con Adam Smith, en el siglo XVIII, el trabajo se convierte en fuente fundamental de la Riqueza de las Naciones y al estar ligado al Capital se hace trabajo asalariado. Hegel, ya a comienzos del siglo XIX, concebirá el trabajo no solo como modificador del objeto, tal como lo pensaba Santo Tomás en la Edad Media, sino revertiéndose sobre el sujeto y determinándolo. De ahí sus primeras críticas al trabajo alienante de las manufacturías inglesas que explotaban inhumanamente a sus trabajadores. Con Marx se avanza en esa crítica del trabajo alienado en el cual el trabajador al trabajar para un otro distinto de sí, el Capital, ya no es dueño de sí mismo y de lo que hace. La historia socio-económica de los siglos XIX y XX, la historia del industrialismo, es un gigantesco esfuerzo para salvaguardar los derechos del trabajador y evitar así hacer del trabajador un simple engranaje del sistema económico, tanto en el sistema capitalista como en los diversos socialismos históricos. Esta historia es también la historia del movimiento sindical. Por eso no llama la atención que la crisis del trabajo asalariado sea también en nuestros tiempos una crisis del sindicalismo (Dubois, 1996, p.66). La reformulación de un nuevo tipo de trabajo económico en la sociedad implica el surgimiento de un nuevo tipo de sindicalismo. La sociedad postsalarial ya no agrupará a "proletarios" agrupados en gremios según oficios y vinculados con empresas a través de salarios fijados por convenciones colectivas de trabajo, sino a trabajadores que ofrecen sus propias competencias y administran sus propios compromisos. Ambito que al ser social y por lo tanto sujeto al conflicto necesitará igualmente de instancias mediadoras, tanto las de la Justicia del Estado, como las de diversas organizaciones profesionales que se formaren. Las bases del nuevo sindicalismo tendrán que replantearse a fondo a fin de ser una verdadera ayuda a sus afiliados y a la sociedad en la cual está inscrito. Así su rol

tendrá que ver con una serie de acciones destinadas a incentivar y mejorar las competencias cognitivas, gerenciales y éticas de sus afiliados, a favorecer la entrada en el mercado del trabajo, a desplegar toda una serie de servicios y asesoramientos útiles no solo para sus afiliados, sino también para la comunidad y el medio ambiente. De este modo el sindicalismo podría reinsertarse de un modo vital en los diversos tipos de redes que entretujan la sociedad civil y que lo reactivarían como una instancia solidaria complementaria del poder político y del Estado. Un rol complementario y decisivo le cabe también a la educación en esta tarea. A ella debemos ahora acercarnos.

2. La transformación educativa argentina frente a la demanda del mundo del trabajo

La educación argentina a través de su Ley Federal de Educación Nº 24.195 de 1993 ha dado un paso fundamental para poner en marcha todo un amplio y ambicioso proceso de transformación educativa, que atañe a tres grandes niveles, el de la transformación del Sistema educativo, el de la transformación de las Instituciones educacionales, y el de la transformación pedagógica (Seibold, 1996, p.336). Pero antes de imponerse tal transformación es pertinente responder al porqué y al para qué de tal transformación. El porqué de la transformación educativa está avalado por innumerables estudios que constatan tanto en Argentina como en América Latina un déficit grave en cuanto a la calidad de la educación (Schiefelbein, 1992, p.13). El para qué es una pregunta de sentido que orienta toda propuesta. En un intento de respuesta para un país como el nuestro se proponen cuatro ejes vertebradores (Filmus, 1995, p.15). El primero mira a la educación en orden a consolidar la identidad nacional. El segundo a afirmar la democracia. El tercero se ordena a responder a las demandas de la productividad y el crecimiento económico. Y el cuarto se orienta a lograr en el país la integración y la equidad social. Esta respuesta, que tiene su límite al explicitar solamente los aspectos sociales de la educación y no los trascendentes, tiene sin embargo la virtud de encuadrar las finalidades económicas dentro de las finalidades sociales. Con ello se evita reducir la transformación educativa a un mero cambio en orden a satisfacer las exigencias del mercado y de la sociedad económica.

2.1. El conocimiento como "capital humano"

Mucha de la problemática actual acerca del "conocimiento" como "capital humano" tiene como supuesto una concepción prepon-

derantemente economicista del proceso cognoscitivo. Incluso la misma expresión "capital humano" ya lo delata, pues en economía el término "capital" denota todo bien en orden a la producción. Esta acentuación de la vertiente economicista de la educación proviene del rol significativo que ha tomado en estos últimos años la explosión cognoscitiva y la multiplicidad de desarrollos que ella ha producido. Los factores tradicionales a quienes se atribuía el crecimiento de la riqueza, como eran los recursos naturales, el capital o el trabajo, han empalidecido si se comparan con el nuevo y decisivo factor "conocimiento" (Drucker, 1993). De este modo el "conocimiento" pasa a ser el recurso fundamental de la economía (Toffler, 1992), hasta tal punto que la sociedad del futuro, la sociedad "posindustrialista" (y no "poscapitalista" como la denomina Drucker) puede ser llamada "sociedad del conocimiento" (Drucker, 1993; Sakaiya, 1994). Esto se debe al rol decisivo que ha asumido el conocimiento dentro de la civilización mundial. En estos últimos dos siglos se ha producido una metamorfosis dentro mismo del saber ordenado a la práctica -el llamado saber tecnológico- describible en tres grandes etapas (Drucker, 1993, p.29). En la primera el saber científico afirmado en occidente desde el siglo XVII y XVIII se aplicó al desarrollo de máquinas y herramientas, a procesos y productos, ligados al incipiente desarrollo industrial ya evidente a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Esta fue la denominada "revolución industrial". Una segunda fase de esta revolución se dio desde fines del siglo XIX hasta mediados del siglo XX cuando el saber se aplicó al trabajo y se maximizó la productividad industrial. Se la ha llamado la "revolución de la productividad". El principal objetivo de esta revolución, también llamada taylorista, por ser F.W.Taylor (1856-1915) uno de sus principales gestores, fue aumentar la productividad mediante una analítica sistemática de todas las fases del trabajo industrial. Así se aumentó de un modo explosivo la productividad industrial como pudo visualizarse en la revolución "fordista" de la producción automovilística (Forni, 1993, p.196). En la primera revolución industrial el trabajo del operario consistía fundamentalmente en manejar máquinas y trasladar cosas. En la segunda revolución, la aplicada al trabajo, se reduce la movilidad del operario al sistematizarse la línea de montaje, con la consiguiente movilidad de la cosas hacia él. La tercera revolución tecnológica en la que estamos ahora actualmente después de la segunda guerra mundial es una revolución en el saber mismo del trabajador. Ya no se intenta sólo mejorar las máquinas, ni la eficiencia laboral por una mejor diagramación de las tareas asignadas a los trabajadores, sino que se busca en gran medida afectar al saber mismo a fin de que este saber enriquecido pueda ser un factor decisivo en la mejora, explotación e

innovación de distintos productos, procesos y servicios. A esta revolución se la llama "revolución de la gestión" (Drucker, 1993, p.39) o "revolución del conocimiento" (Sakaiya, 1994, p.80). Se la llama "revolución" porque el factor conocimiento tomado como factor productivo al universalizarse afectará radicalmente la estructura misma de la sociedad. Ya no estaremos en la sociedad industrial caracterizada por lo "standard", lo "masivo", lo "grande", lo "rápido", por la "abundancia de recursos". Ahora ya nos dirigimos a un nuevo tipo de sociedad, a la "sociedad del conocimiento" (Sakaiya, 1994, cap.4, p.237) ya que en ella el "valor-conocimiento" será fundamental (ibid., p.70; p.226; p.241). Esto llevará al abandono de la producción masiva propio de la sociedad industrial y a privilegiar la oferta de productos diversificados, de alto "valor-conocimiento", a fin de satisfacer a una demanda orientada más por la "calidad" que por la "cantidad", cada vez más "subjetiva" y "personalizada", índices claros del advenimiento de una nueva sociedad en ciernes -la posmoderna- que reacciona fuertemente contra el funcionalismo y el eficientismo masivo e impersonal de la sociedad industrial moderna. Esta nueva situación "espiritual" del mercado conspira contra la gran empresa industrial y hace que ella no pueda movilizarse rápida y convenientemente para satisfacer la demanda. De ahí la importancia de las pequeñas y medianas empresas actualizadas tecnológicamente en orden a competir eficientemente en un mercado cada vez más diversificado, selectivo y variable. Esta nueva situación acerca posiciones entre el trabajo y el capital, tan distanciados o aún opuestos en el sistema industrial donde los propietarios de las fábricas y de los medios de producción contrataban a los trabajadores, que siempre permanecían desposeídos de ellos. Así según Sakaiya "en una sociedad del conocimiento, la tendencia hacia la separación entre capital y trabajo se invertirá, y ambos elementos tenderán a fusionarse" (Ibid., p.257). Todo ello repercutirá esencialmente en la sociedad del futuro y en el funcionamiento de sus instituciones. De ahí el enorme desafío y demanda que estas perspectivas presentan hoy a la educación y en particular a la educación argentina.

2.2. *Las propuestas de la educación argentina frente a los desafíos del nuevo mundo del trabajo*

Los análisis anteriores nos muestran que la sociedad en su conjunto se halla ante un cambio de enormes proporciones, ante un cambio de civilización planetaria, que afectará por el mismo fenómeno de la globalización, no solo a los países centrales, sino también a los de la periferia. La educación en sus diversos niveles y modalidades no

escapará a ese cambio y al mismo tiempo deberá responder a los requerimientos que esa nueva sociedad le proponga.

Pero por más rápidos que los cambios se avisoren no debe olvidarse que las culturas tienen esa rara propiedad de saber asumir lo nuevo dentro de una tradición viva que sabe desprenderse de sus elementos perecederos a fin de renovarse en el espíritu. De ahí que la educación deba emprender el cambio de ella misma, pero conservando la lucidez de la tarea que se le presenta a fin de no estrechar sus objetivos a determinados ámbitos por más importantes que parecieren. Así la educación no puede reducirse a ser un mero instrumento de "capacitación laboral" (Rev. "Mensaje", marzo-abril, 1996, p.5). La educación tiene objetivos más amplios que el de forjar competencias para el mundo del trabajo, por más importantes que ellos sean. La misma Ley de Educación lo dice en su art.6 al señalar que uno de los objetivos de la Educación es formar "ciudadanos responsables, protagonistas críticos, creadores y transformadores de la sociedad, a través del amor, el conocimiento y el trabajo". Su amplitud es la del hombre y la de su trascendencia, la de su cultura local y universal, y ese horizonte no puede circunscribirse a las exigencias productivas. La educación debe invertir en el hombre como persona y en la totalidad de sus determinaciones humanas y no sólo en "capital humano" visto sólo como "recurso productivo" (para una crítica de este reduccionismo economicista de la educación cfr. Coraggio, 1995, p.9).

La Ley Federal de Educación de 1993, más allá del debate que ha suscitado, ha puesto las bases para la transformación educativa del país en un sentido amplio e integral. Esa transformación ha comenzado por los niveles más bajos del Sistema, a saber, el de la Educación Inicial (EI) de tres años de duración y abarca a los niños de Jardín de 3 a 5 años, siendo obligatorio solo el último año. El segundo nivel, el de la Educación General Básica (EGB), de nueve años, es obligatorio y comprende a todos los niños y jóvenes a partir de los 6 años de edad y está organizado en tres ciclos de tres años cada uno. En estos momentos está en estado de implementación progresiva. El tercer nivel corresponde a la Educación Polimodal (EP), no obligatoria y de tres años de duración como mínimo, ya que puede complementarse con el Trayecto Técnico Profesional (TTP). El cuarto nivel está consagrado a la Educación Superior (ES), universitaria y no universitaria. El último nivel está reservado a la Educación Cuaternaria (EC) y está destinado a la perfección y actualización de posgrado. Fuera de estos cinco niveles formales la Ley de Educación también contempla diversos regímenes especiales entre los que se halla la Educación de adultos y más en general todo lo referente a la Educación no formal.

Todos estos niveles y regímenes especiales incluyen la así llamada "educación tecnológica", que de ningún modo debe confundirse con la "informática", con el aprendizaje del uso de instrumentos o con el ámbito de las ciencias aplicadas (cfr. el número 7 de "Zona Educativa" dedicado enteramente a esta problemática). La "formación tecnológica" o simplemente "tecnología" es un modo de proceder que tiene por objetivo el "saber hacer", lo cual implica el uso racional, organizado, y planificado de una serie de procedimientos, instrumentos e informaciones en orden a resolver demandas sociales en lo que respecta a la producción, distribución y uso de bienes y servicios. La "tecnología" concebida así como "saber hacer" adquiere por aquí su pleno reconocimiento en el ámbito educativo al igual que el "saber conocer" propio de las disciplinas teóricas y del "saber actuar" propio de las conductas ético-prácticas. Aunque la relación de la educación con la problemática laboral ya se inicia en el tercer ciclo del EGB con la preparación de niños y jóvenes que van de 12 a 15 años, nosotros en orden a la brevedad nos limitaremos a aquellos niveles que tienen una más estrecha vinculación con el área laboral como puede ser el Polimodal (EP) y la Enseñanza Superior (ES).

El artículo 16 de la Ley Federal de Educación establece las orientaciones básicas de este nivel Polimodal. Su objetivo fundamental es el de preparar a los jóvenes de ambos sexos al ejercicio de sus derechos y deberes de ciudadanos en una sociedad democrática e insertarse en ella para trabajar por el bien común haciendo uso responsable de la libertad a través de comportamientos de contenido ético tanto en lo individual, como en lo familiar, laboral y comunitario. Tiene, además, la finalidad de preparar para los estudios superiores y, también, la de formar para acceder inmediatamente a actividades productivas y laborales. El Polimodal ofrece una formación general básica donde se integra una formación humanista, social, científica y técnica con una carga horaria del 40 al 50 % y que puede ser medida por las competencias intelectuales, prácticas y sociales que inculca en sus alumnos. El Polimodal ofrece también contenidos básicos orientados con una carga horaria del 30 al 40 % y que se imparte en cinco grandes modalidades: Ciencias Naturales, Salud y Ambiente; Economía y Gestión de las Organizaciones; Humanidades y Ciencias Sociales; Producción de Bienes y Servicios; y Artes, Diseño y Comunicación. Cada institución tendrá al igual que en el EGB la responsabilidad de cerrar el currículo con su propia orientación con tal de respetar tanto los contenidos básicos del Polimodal, como los contenidos orientados. Ya pueden verse las posibilidades que ofrece el Polimodal para su vinculación con la vida y con la vida laboral en especial. Pero más aún el Polimodal ofrece para

aquellos que no desean proseguir sus estudios superiores otra posibilidad ligada a la vida laboral y es la que arriba llamamos Trayectos Técnicos Profesionales (TTP). El objetivo de estos Trayectos está íntimamente ligado al contexto cultural, social y económico de cada institución educativa al preparar a los jóvenes para su primera ocupación laboral. No son lo mismo las posibilidades que ofrece un Trayecto en Tucumán, que en Mendoza, Corrientes o en los medios suburbanos de la Capital Federal. Para ello se vinculan estos Trayectos con las organizaciones empresarias y sindicales locales a fin de que los alumnos puedan ejercer en ese mismo medio diversos tipos de pasantías y prácticas laborales. Aquí las orientaciones prácticas de estos Trayectos deben cuidar de ofrecer a los alumnos una formación flexible, no rígida, y versátil, es decir, aplicable a diversos dominios prácticos, a fin de que puedan responder a las demandas del campo laboral, cuyo campo suele ser amplio y complejo a la vez. Piénsese que un cadete tiene un campo ocupacional amplio, pero no complejo. Los Trayectos a través de estas pasantías y experiencias laborales deben enseñar a sus alumnos a enfrentar problemas de cierto nivel tecnológico y a no contentarse con realizar un simple trabajo material en las empresas sin ningún valor de conocimiento. Para ello una labor de acompañamiento por parte de los docentes y de reflexión sobre su propio conocimiento por parte de los alumnos se hace necesario. Los Trayectos abren a campos laborales de los más diversos como pueden ser la Construcción, las Industrias químicas, mecánicas, electrónicas, de comunicación social, el Comercio y la Administración, el Diseño, la Agropecuaria, el Medio Ambiente, el Turismo, etc. Como se ve, todo un desafío educacional que para ser llevado a cabo va a exigir enormes esfuerzos en los próximos años tanto en el plano de la inversión como de la gestión. Así quedan atrás los clásicos institutos de enseñanza media como eran los bachilleratos, los comerciales, los normales y las escuelas industriales con currículos y espacios físicos totalmente separados, y lo que fue peor, casi totalmente desvinculados de las demandas efectivas de la sociedad. El nuevo Polimodal tiene ante sí una ingente tarea de transformación educativa que pasa por la institución y no solamente por un programa o un ideario. Como dice Moscato (Consudec, N°789, 1996, p.23) el "escenario futuro exige una profunda reflexión y evaluación institucional, creando las condiciones humanas y culturales de los cambios, para acercarse a instituciones renovadas que sean más comunidad educativa que proyecto de poder u organización de mercado o burocracia y busquen sinceramente el desarrollo integral y armónico de toda la persona, rescatándola de la fragmentación posmoderna de «ser digital», «ser consumidor» o «ser sensorial», en la convicción de la dignidad del «ser humano»".

Pero el Polimodal y sus TTP tienen su propia limitación y no proporcionan los elementos formativos suficientes para responder adecuadamente a todas las demandas societarias. De ahí que la Enseñanza superior en su diversos estamentos sea necesaria para satisfacer dichas demandas. Esto exige por de pronto una profunda reformulación de toda la Enseñanza Superior a fin de adecuarla a la nueva situación que hoy posee el valor-conocimiento y todos los aspectos que hacen al saber hacer, al saber valorar y al saber actuar. Las universidades y los diversos Institutos de Enseñanza superior deben emprender esta reforma en continuidad con los grandes cambios que se están produciendo muy especialmente en el EGB y en el Polimodal. Y esto afecta en primer lugar a la orientación y funcionalidad de las Instituciones del saber superior en sus diversas instancias universitarias y terciarias y su vinculación con la sociedad según las regiones del país, en segundo lugar a la calidad de su oferta educativa expresable en currículos profesionales y en tercer lugar a la propuesta pedagógica que estas Instituciones hoy ofrecen. Lo haremos desde la perspectiva particular de las demandas provenientes del mundo del trabajo.

La Ley Federal de Educación sitúa a la Universidad en la cúspide de la Educación Superior (artículos 18 al 24). Pero esta aparente situación de honor no le otorga privilegios para eximirse de la profunda actualización y reformulación que la sociedad hoy le exige tanto a nivel de sus estructuras administrativas, como en las más específicas de la docencia, la investigación y la de su vinculación con el medio de la cultura y del trabajo. Hoy ya no es suficiente saber que la Universidad se dedica a la docencia y a la investigación del saber superior. Hoy se le pide a la Universidad, sea grande o pequeña, que reformule su proyecto educativo como un proyecto integral y que lo "cierre" después de haber estudiado con profundidad el medio en el que se halla inserta y luego de haber escuchado sus demandas. Esta exigencia significa, por de pronto, que la Universidad deba verse como Comunidad educativa y no como una Institución que meramente reagrupa profesores y profesionales en orden a ejercitar individualmente la docencia y la investigación. La universidad como sede de un saber universal y universalizable tanto en la teoría como en la práctica, debe sin embargo ser sensible a los reclamos nacionales, zonales y locales, en los cuales está inserta, lo cual le permite vincularse al mundo de la cultura y muy en particular al mundo del trabajo. En este sentido y en referencia al trabajo propiamente dicho la Universidad cumple un cometido irremplazable y que no puede ser suplido por el nivel terciario o por los colegios universitarios. La agudización del problema laboral ha hecho que en los últimos años la Universidad comenzara a especificar su oferta educativa en carreras

más cortas y estrechamente especializadas. Hoy día esta orientación de la Educación universitaria hacia una rápida especialización está en franco cuestionamiento. La Universidad, al querer competir con institutos terciarios o con las múltiples "academias" que ofrecen rápidas especializaciones con salida laboral, ha "banalizado" su saber y lo ha malgastado. En muchos casos, so pretexto de inserción en el mundo laboral, la Universidad preocupada de tal modo por la inmediatez laboral y productiva fue llevada a bajar su nivel académico. El mismo mundo del trabajo con sus constantes innovaciones tecnológicas con el correr de estos últimos años ha desaprobado esta tendencia inmediatista de la Universidad que ya no responde tampoco a sus más profundas expectativas. Hoy sería suicida jugarse por una única opción tecnológica cuando en el mercado cada día se ofrecen las más variadas alternativas. De aquí que lo decisivo e importante sea no "aprender esto o aquello", sino "aprender a aprender", lo cual exige una profunda "reforma pedagógica" especialmente a nivel universitario (Coraggio, 1994). Esto ya ha tenido impacto en no pocas universidades que han adaptado sus currículos ofreciendo sólida formación básica y paulatinas especializaciones con títulos intermedios. Del mismo modo está cambiando la relación de la Universidad con el mundo de las empresas. Hoy la vinculación no se hace a través de determinados profesores vinculados habitualmente con el mundo laboral y productivo, ni sólo a través de institutos tecnológicos de desarrollo y transferencia, sino por la mediación de oficinas de Transferencia que operan a nivel de todas las áreas del conocimiento en las cuales está comprometida la Universidad (lógica, informática, medicina, derecho, física, ciencias biológicas, ingeniería, filosofía, etc.). De este modo se garantiza un tratamiento articulado de la transferencia del saber al seno mismo de la sociedad en sus diferentes agentes y por ahí puede proveerse un adecuado sostenimiento a la actividad inteligente que despliega la vida universitaria.

2.3. Educación popular y trabajo autogestionario

La transformación educativa que se plantea a nivel del Polimodal y de la Enseñanza Superior está sólo en sus comienzos. Hará falta todavía una buena cantidad de años para evaluar sus frutos. A su lado el mundo del trabajo con su crisis del desempleo se ha instalado entre nosotros con sus altos índices, que tienden, incluso, a agudizarse si no se toman con urgencia medidas adecuadas.

En estos últimos años se han ensayado toda una serie de medios para evitar las extremas consecuencias a las que llevaría un desempleo generalizado sobre todo en los medios populares. Iniciativas como el

"Bono solidario" para familias humildes y de pocos recursos, el plan "Vida" para pequeños lactantes o el Plan "Asoma", para la tercera edad, con todo lo positivo que pudieron aportar en su momento, no atacan en profundidad la raíz del problema al no enfrentar frontalmente el tema del trabajo.

Hoy son muchos los que han entendido que es inútil hacer largas colas para solicitar un empleo cuando no se cuenta con la edad adecuada o con la preparación suficiente. Muchos desplazados del sector productivo se han incorporado en el sector servicios o se han convertido en cuentapropistas. Pero a no todos les ha ido bien. El sector servicios está hoy también sufriendo los efectos de la innovación tecnológica y también padece importantes reducciones de personal. Aquellos que recibieron una bonificación por la pérdida de su trabajo y adquirieron con ella un pequeño "quiosquito" o un "coche remisero" hoy a duras penas subsisten. El "cuentapropismo" callejero también está en seria crisis en función de la abundancia de la oferta y la escasez de la demanda. Ha habido ciertamente un crecimiento de la economía informal, pero sin ningún lazo orgánico o apoyatura institucional. A esta economía informal se la debe reforzar proporcionándole lo que necesita tanto a nivel del conocimiento como de la gestión. Solo así se pasará del cuentapropismo espontáneo al nivel del microemprendimiento, que ya está alimentado por el doble factor del conocimiento y de la gestión organizativa y comunitaria (Razeto, 1990; LoBiondo, 1997). El clásico sector terciario del voluntariado no gubernamental (ONG) con su multiplicidad de asociaciones y emprendimientos intermedios está llamado a desempeñar un rol significativo en la sociedad posindustrial (Rifkin, 1996, p.280 y ss.). El cooperativismo tradicional fue idealista. No tuvo suficientemente en cuenta la importancia del capital ni la del conocimiento en relación al trabajo productivo. El nuevo cooperativismo conformado en redes de microemprendimientos deberá ser experto al menos en tres áreas esenciales. La primera tiene que ver con la gestión económica estratégica por la que se aprende a tomar decisiones correctas en orden al crédito, la inversión, la administración, la producción, la comercialización, etc. La segunda apunta a sostener el crecimiento tecnológico de los microemprendimientos por la permanente incorporación de nuevos aprendizajes, que permitan ser innovadores en sus productos dentro de mercados y competencias siempre más exigentes. Finalmente se debe incorporar a los microemprendimientos actuales una actitud ético-comunicativa compartida por todos sus integrantes, que es como su núcleo dinamizador, a fin de inscribir a dicha actividad económica en un ámbito comunitario y solidario. Sólo así el microemprendimiento podrá alcanzar la calidad total (Lo Biondo, 1997).

La aceptación de este triple horizonte de inteligibilidad en el cual se inscribe la actividad económica no es algo dado de una vez, ni algo que por lo general se posee previamente a la misma actividad. Este triple horizonte se debe adquirir por medio de aprendizajes. Es aquí donde puede entrar a jugar un papel importante la así llamada "Educación popular" (Mejía, 1992; Coraggio, 1995, p.115 y ss.). En los años 70 la "Educación popular" (EP) estuvo asociada a la concientización política de los sectores más empobrecidos y analfabetos de la población (cfr. Paulo Freire). Hoy la situación ha cambiado y la "Educación popular" ha asumido una diversidad grande de objetivos. Así en algunos países de América Latina la EP se ha reorientado en orden a formar microempresarios de sectores informales, que deseen llevar en conjunto una experiencia de trabajo (Lo Biondo, 1997). Hoy ya no se concibe la EP y en general la "Educación no formal" (ENF) como opuesta a la "Educación formal" (EF), sino como distinta. Nuestra Ley Federal de Educación en su título IV, art.35, reconoce a la "Educación no formal" (¡no habla de "Educación popular"!) como complementaria de la EF y le brinda todo su apoyo. Podría decirse que la EP es una parte integrante de la ENF dedicada a resolver los problemas de aprendizaje de los sectores más populares de la población. Esos sectores son los que actualmente están más marginados del mercado laboral. De allí las tendencias actuales a integrar la EP en programas de reconversión laboral (Coraggio, 1995, p.136 y ss.). La EP orientada a la producción económica tiene sobre la EF la ventaja innegable de poder acompañar la práctica educativa desde la misma actividad económica en la integralidad de sus dimensiones, la cognoscitiva, la gestiona-ria-estratégica y la ético-comunicativa. Sin embargo no hay que creer que esta vinculación entre aprendizaje y práctica es ideal. Diversos estudios y experiencia recientes muestran que la relación entre microemprendimientos y capacitación no es fácil (Suárez, 1996, p.201); Informe CEPAL-UNESCO, 1992, p.164). Sobre todo cuando median situaciones de pobreza, deserción prematura del sistema educativo formal y diversas formas de exclusión social, la inserción sobre todo de los jóvenes a la vida social por medio del trabajo organizado se dificulta enormemente (Gallart y otros, 1996, p.95; Kessler, 1996, p.131). Todo ello habla de un real "desafío" (Filmus, 1995, p.312), cuya solución ya no puede esperar de solas las fuerzas formales o no formales de la Educación, sino de todas las fuerzas del sistema social, que de un modo acorde y clarividente deben actuar en esta transición civilizatoria en la que el trabajo cambia de condición esencial, tal como hemos visto más arriba. Dentro de este despliegue diversificado y complementario de fuerzas, que será necesario articular convenientemente, tanto a nivel de las

organizaciones del Estado como de la Sociedad civil (ONG), le cabe a la Educación formal, no formal e informal, un papel preponderante, aunque no exclusivo, en la conformación de la sociedad y no solo para salvar las condiciones de subsistencia. Esto implica la construcción de nuevos espacios para la vida social, política y económica, donde se desplieguen no solo nuevas formas autogestionarias del trabajo, sino también de la vida social y política, donde incluso se recupere una nueva comprensión del ocio, ya no subordinada instrumentalmente al trabajo, sino libre para actividades gratuitas y creativas (Santuc, 1997). El "ocio" en esta perspectiva ya no será como lo es hoy un tiempo para el "descanso", para el "no hacer nada", o peor aún un tiempo de "angustia", como lo es hoy el ocio forzado del desempleado, o un tiempo disponible para el delito o la violencia, como es el tiempo de todos aquellos excluidos del sistema social (Santuc, 1997).

3. El imaginario social urbano ante la transformación educativa y la nueva problemática del trabajo

Si como dijimos al comienzo de este trabajo el imaginario de un pueblo "se constituye históricamente a través de un complejo entramado de discursos, prácticas sociales y valores que conforman a una sociedad", no cabe ninguna duda de que el imaginario social de nuestro pueblo está en pleno proceso de cambio al sufrir el impacto de la nueva problemática del trabajo y de la transformación educativa bosquejada en los párrafos anteriores. Para terminar quisiéramos presentar brevemente las principales determinaciones y tensiones a que está expuesto este imaginario social sobre todo el urbano, ligado a nuestras grandes ciudades, que como la de Buenos Aires, poseen extensas periferias en donde se han conglomerado los estratos más populares de la población.

El imaginario social urbano tal como lo habíamos descrito en otros trabajos (Seibold, 1995; 1996) está constituido al menos por tres componentes o determinaciones fundamentales: la *tradicional*, la *moderna* y la *posmoderna*.

La *determinación tradicional* o ancestral da cuenta de toda una serie de rasgos de nuestra idiosincrasia social caracterizados por valores de pertenencia personal y comunitaria. A esta determinación le es esencial el mundo de las relaciones personales y familiares engendradas desde la niñez y luego extendidas a los demás por relaciones de parentesco, de amistad y de buena vecindad; relaciones que si bien son esenciales no dejan de tener su propia problemática y conflictividad. Alrededor de esta determinación tradicional está adscrita la casi totalidad de los valores y formas de nuestra cultura nativa donde se venera casi

con sentimiento religioso a la tierra, al "pago" donde se ha nacido, a su música folklórica, su canto, su danza, sus costumbres típicas, su proverbial hospitalidad al forastero, sus mitos, sus leyendas, sus creencias, su instinto solidario ante el dolor o el necesitado, su práctica religiosa ligada a la piedad popular, su conciencia y práctica política, que a veces oscila entre una adhesión incondicional a la patria y una marcada subordinación a los caudillos de turno (Seibold, 1993, p.227 y ss.). Todos estos valores y prácticas tradicionales fueron aportados al imaginario social urbano en su mayor parte por migrantes provincianos, de fuerte raigambre criolla-hispánica, que desde la década del 40 se afincaron en la periferia de Buenos Aires, en búsqueda de trabajo y de mejores condiciones de vida. A ellos se sumaron diversas inmigraciones extranjeras que en sucesivas oleadas llegaron al país desde fines del siglo pasado hasta poco después de la segunda guerra mundial. Estos inmigrantes también poseían a pesar de su pobreza económica un ethos altamente estructurado en valores familiares y tradicionales.

La *determinación moderna*, que también tiene nuestro imaginario social urbano, da cuenta de una serie de rasgos de nuestra idiosincrasia caracterizados por lo funcional y el anonimato. Así solo basta salir a las calles de una gran ciudad o recorrer sus suburbios para verse invadido por el ámbito de lo público donde uno es reconocido no por su individualidad personal, sino por su individualidad numérica. El orden personal es reemplazado por el orden espacial o temporal, por el tener o el poder. En la peluquería, en la farmacia, o en el almacén, el orden ya está prescrito: "¡que pase el que sigue!". Es la sociedad funcional organizada como un gran mercado, pero que ha dejado de ser familiar y ha pasado a ser parte del orden anónimo de la sociedad civil. Este orden funcional no es en sí mismo negador de lo personal. Es más bien prescindente. Este orden moderno es un producto típico de Occidente y se ha extendido por todo el mundo. Tiene su origen en *cuatro grandes revoluciones* (cfr. Jeanniére, 1990; Scannone, 1995) que se han escalonado y se han realimentado en su evolución en estos últimos siglos, a saber, la *revolución científica*, que permite al hombre conocer y dominar el cosmos mediante el uso del método científico, empírico, legal y matemático; la *revolución política*, que rompe con una sociedad estamental, sostenida por privilegios inmanentes y fundamentaciones trascendentes, y que posibilita el advenimiento de una sociedad funcional establecida por el contrato de sus constituyentes y por un sistema representativo de gobierno; la *revolución técnica-económica*, que hace pasar de una economía agrario-artesanal a otra urbano-industrial, donde ahora no son solo importantes las materias primas, sino también el capital, el trabajo asalariado y la innovación tecnológica; y finalmente

la *revolución filosófico-cultural*, que hace del hombre y su subjetividad el nuevo centro copernicano de la historia. Esta modernidad se hace sentir con más fuerza en la Argentina recién a finales del siglo pasado por obra principalmente de la generación liberal, y es reactualizada en este siglo por sucesivas modernizaciones de distintos signos políticos, pero sobre todo por el peronismo, que impulsó en su tiempo una profunda revolución social, política y económica, gracias a la cual una gran masa de trabajadores pudo acceder a condiciones de vida y de trabajo hasta entonces nunca alcanzadas.

La *determinación posmoderna*, que caracteriza a nuestro actual imaginario social urbano, surge en primer lugar como reacción a las dos determinaciones anteriores, la tradicional y la moderna. Aparece como contrapuesta a ellas, como el ámbito de lo distinto y lo diferente (Roa, 1995, p.39; Scannone, 1995, p.79). Se buscan nuevos espacios de experiencia donde la transgresión es el resultado natural de nuevos territorios conquistados a la prohibición de las leyes modernas o al tabú impuesto por las costumbres tradicionales. Se rompe con los relatos de totalidad sean científicos, metafísicos o míticos. Se prefiere el disenso al consenso, propio de la búsqueda moderna y del autoritarismo tradicional. Lo plural a lo monolítico y lo relativo a lo absoluto. Se adoptan estilos de vida, inconmensurables, sin límites precisos, más bien difusos, no abarcables por concepto alguno. Eso hace que la vida humana no sea ya un bien sagrado, como lo es para la concepción moderna y la tradicional, aunque bajo motivos diferentes. La ética, al perder su fundamento trascendente, caro a la tradición, y el fundamento moral, decisivo para el pensar moderno, deja de ser una ética de deberes morales y se convierte en una ética de derechos, los que han proliferado por doquier a fin de justificar todo lo que emerge (Lipovetsky, 1994). El sexo en esta perspectiva se desvincula tanto del amor conyugal tradicional, como del afecto y del romanticismo modernos, y se vincula simplemente con la búsqueda y satisfacción del placer. De aquí la proliferación y justificación de toda relación sexual placentera, ya sea heterosexual como homosexual o lesbiana. Este nuevo hedonismo no tiene paralelismo con el hedonismo clásico de la tradición epicúrea siempre cuidadoso de la proporción y la medida, ni con el hedonismo moderno, incluso freudiano, que concebía el placer como un medio astuto para incentivar la acción (Roa, 1995, p.59). Este nuevo hedonismo, ávido de sexo, de droga y otras adicciones, de juegos electrónicos, de "zapping", de sedantes y tranquilizantes, privilegia la satisfacción de la inmediatez sin control ni medida. De ahí su permisividad al uso de cualquier medio, incluso el de drogas o la violencia, en orden a posibilitar el acceso al placer. Este vertiginoso caminar en la cornisa de

un ser tan delgado y volátil, diríamos "light" (Rojas, 1992), hace que este hombre posmoderno se complazca en el simple "danzar en los abismos" para utilizar una frase de Nietzsche (Scannone, 1996, p.79). Un abismo donde ya no se encuentra ninguna virtualidad trascendente y substancial, como siempre lo afirmó la tradición, ni siquiera funcional, como lo pretende el pensamiento moderno. El mismo mundo se ha convertido después de la crisis energética de los años 70 en un mundo frágil y no renovable, a diferencia del mundo tradicional cuyos fundamentos estaban fuera de él mismo, en Dios, y del mundo moderno inagotable en sus recursos y sin otro fundamento que él mismo. Todas estas características marcan con mayor o menor intensidad el rostro de este imaginario posmoderno.

Sin embargo cuando consideramos los imaginarios urbanos concretos de nuestras grandes ciudades latinoamericanas, esta consideración posmoderna no se la suele encontrar al estado puro, sino que debe ser matizada por la presencia en mayor o menor grado de las otras dos determinaciones, la moderna y la tradicional. Así en nuestras ciudades podemos detectar al menos tres tendencias que configuran distintos rostros de este mismo imaginario predominantemente posmoderno. Una primera tendencia, que denominamos "anárquica", puede encontrarse en sectores juveniles marginales ligados de una u otra forma a la droga, a la violencia callejera y en general al desempleo. A primera vista estos sectores estarían en franca rebeldía contra la determinación tradicional del imaginario social al cuestionar el orden jerárquico de su ethos social y familiar. Pero esta reacción anárquica se dirige también, y a veces con más fuerte virulencia, contra el "orden establecido", tanto por la sociedad civil como por el Estado, ya que estos aparecen a sus ojos como represores e inhibidores de lo desigual y de lo diferente en cuanto tal, que aquellos sectores pretenden encarnar. Es por ello que esta tendencia "anárquica" aparece normalmente bajo las formas del rechazo, la negatividad o del nihilismo, incapaz todavía de asumir las formas creativas y positivas de la razón utópica. Pero sería un serio error no ver "nada" positivo en esta tendencia "anárquica" del imaginario social posmoderno. Su negativa a integrarse dócilmente a los órdenes tradicional y moderno está diciendo algo "positivo", que ella misma todavía no puede expresar claramente, pero que queda como cuestionamiento acuciante de aquellos órdenes. La razón tradicional y moderna del imaginario social no podrá salir airoso de su cuestionamiento aduciendo que esta razón anárquica posmoderna, al debatirse y mostrarse en los síntomas del descontrol y del desborde anárquico, no tiene ninguna "razón", ningún "espesor" substancial que oponer a aquellos órdenes. Si la verdad calara profundamente en el imaginario tradicional y en el

moderno bien pronto se podrían reconocer sus propios límites y la necesidad que tienen de reformularse y abrirse a los nuevos cuestionamientos de los tiempos, que le vienen paradójicamente desde esta tendencia "anárquica" del imaginario social posmoderno. Un ejemplo patético de esta situación nos lo muestra el rechazo posmoderno del orden familiar. Este rechazo no puede ser visto y comprendido a primera vista como una simple negación de la familia. Por allí la familia tradicional considerada sobre el rol predominantemente vertical del padre es llevada a preguntarse sobre otros tipos de relaciones familiares más horizontales donde predomine el diálogo y las vivencias cordiales de todos sus integrantes. Del mismo modo la familia moderna es llevada a preguntarse si sus altos índices de crisis familiares no se deben al poco caso que se da en ellas al amor profundo y permanente vanamente reemplazado por la simple abundancia de bienes materiales. Una segunda tendencia, ahora más conscientemente positiva de esta determinación posmoderna del imaginario social, se encarna hoy día en amplios grupos "contestatarios" -jubilados, empleados estatales y otros sectores de la sociedad- que se autoconvocan para luchar contra situaciones conflictivas de injusticia, que ellos mismos u otros padecen. Los casos de María Soledad en Catamarca y el más reciente del periodista Cabezas en Buenos Aires son un ejemplo de ello. Por eso llamamos a esta tendencia del imaginario social urbano con el nombre de "contestaria". Al no estar amparados por el "sistema" se levantan contra el "sistema" a fin de hacer valer sus reclamos. Estos reclamos no llevan por finalidad el relevar en actitud revolucionaria al mismo orden injusto, es decir, al Gobierno o a la Justicia, sino que se levantan contra las "situaciones injustas" que ellos mismos u otros de la sociedad padecen y que aquellos poderes con su complicidad permiten, toleran o promueven. Junto a estas tendencias -la "anárquica" y la "contestataria"- hoy también se percibe la existencia de otra tendencia, que podríamos llamar "opinante", expresada por un estado bastante generalizado de "opinión pública", que recorre todo el espectro social y que se muestra principalmente en los casi diarios "sondeos de opinión" realizados entre la población por los medios informativos de la radio y la televisión en relación a los grandes problemas, que aquejan a la conciencia pública, desde un problema barrial hasta un problema de política internacional. Esta tendencia tiende a invadir todos los terrenos y no deja nada exento de "opinión". En esta perspectiva sus logros a primera vista parecen más superficiales, más "light", que los obtenidos por el saber tradicional basado en la verdad de las tradiciones ancestrales y que los logros del saber moderno más asentados en la evidencia de la experiencia o del razonamiento científico. Sin embargo si se mira esa conciencia "opinante" no como

una conciencia definitiva y absoluta, cosa que a veces los sondeos de opinión tienden a afirmar con sus conclusiones, sino como el comienzo de esa conciencia en orden a profundizar la inteligibilidad de sus convicciones, podría verse esa actitud de la conciencia "opinante" como francamente positiva. Con todo permanece el problema de si esta conciencia "opinante" con su buena voluntad y solas sus fuerzas puede superar el "mundo fragmentado" (Castoriadis, 1993, p.20) en el que vive. Parece que la mera suma de "opiniones" no permite superar el nivel de la mera "opinión" y alcanzar certezas superiores, que lo harían posible. Si nos quedamos en la mera "opinión" seríamos presa del "pensamiento débil" posmoderno (Vattimo, 1994, p.20) y con ello afirmariamos la claudicación de la razón frente a lo diferente.

Nuestra hipótesis de trabajo sostiene que estas tres determinaciones del imaginario social urbano -la *tradicional*, la *moderna* y la *posmoderna*- son componentes reales de ese imaginario y que están extendidas en mayor o menor grado a todo el sujeto social. Esta triple determinación del imaginario no sería otra cosa que la afirmación de la "multiculturalidad de nuestras sociedades y la hibridación constitutiva de las naciones modernas" (García Canclini, 1992). No hay sujeto posmoderno al estado puro. En él conviven con mayor o menor fuerza las otras dos determinaciones, tanto a nivel consciente como inconsciente, en sus discursos, en sus prácticas y en sus valores. Así lo posmoderno no es la simple "continuación" de lo moderno, ni es lo "contrario" de lo moderno o lo tradicional, sino más bien la culminación de lo moderno donde lo moderno se niega a sí mismo (Follari, 1994, p.14). Si no se hubiera dado esa exasperación de lo moderno que es su propia culminación no hubiera emergido lo posmoderno en cuanto tal. El debate primero de lo posmoderno fue con la determinación moderna. Su lucha ha sido tan cercana e inmediata que lo posmoderno no ha podido desligarse de aquello mismo contra lo cual luchaba, de ahí su autodenominación de "pos-moderno". Pero también no es menos cierto que su debate lo es también con la determinación tradicional en cuanto ésta guarda una reserva viva de sentido, cosa que en nuestras culturas latinoamericanas es muy evidente. El imaginario social urbano tiene así esta triplicidad de determinaciones en constante juego dialéctico, del cual ninguna puede salir indemne. Pero su emergencia no es igual para todas. En nuestras grandes ciudades la más reprimida y a veces la más peligrosa de las determinaciones es la posmoderna. La más desconocida y no suficientemente reconocida es la tradicional. La más aceptada y todavía hegemónica es la determinación moderna. Lo cierto es, volvemos a repetirlo, que todas estas determinaciones no se muestran al estado puro, sino en

constante proceso de mutua imbricación. Todo ello hace de esta cultura gestada en nuestras grandes ciudades una cultura en plena transición.

Para terminar vamos a tratar de vincular el imaginario social urbano en su triplicidad constitutiva con la problemática emergente que proviene de las nuevas modalidades del trabajo y de la transformación educativa en curso. Lo haremos brevemente en base a tres consideraciones.

1. Estamos en una sociedad en transición. El imaginario social urbano ha sentido el cimbronazo del cambio producido. De una sociedad con abundante oferta de trabajo, estabilidad laboral y amplias leyes protectoras de seguridad social, como era la sociedad argentina hace 40 años, se ha pasado a una sociedad en los 90 donde el trabajo es escaso e inseguro, y donde los índices de subocupación y desocupación rondan ya con peligrosa habitualidad el 30 % de la población activa. Esta "precariedad" se ve agravada por la falta de seguridad social ante esta emergencia y por los temores y angustias que acompañan a todos los que padecen esta gravísima situación. La sociedad argentina sufre la distorsión de un doble discurso contradictorio. Por un lado se habla de inversiones que producirán trabajo. Por otro se siente el rigor de las políticas neoliberales de ajuste, que con la loable intención de sanear las finanzas deficitarias de la Administración pública y de las Empresas del Estado en el sector oficial, y de mejorar la calidad y competitividad de nuestros mercados internos y externos en el sector privado, han volcado a la calle una gran masa de desocupados, sin los debidos recaudos de seguridad social y de políticas eficaces y concertadas de reconversión laboral, y que una anunciada y no lograda reactivación económica no ha podido absorber. Al mismo tiempo que se produce un avance en la flexibilidad laboral tanto "de hecho" en la práctica de las empresas, como "de derecho" en la nueva legislación laboral, se crece en la sensación de que el trabajador y el mismo trabajo están cada más desprotegidos en esta sociedad posmoderna. Hasta tal punto esto es así que el imaginario social actual considera a la "flexibilidad laboral" como prácticamente idéntica a la "precariedad laboral", y tiñe a ambos conceptos con una espesa carga negativa, cuando en realidad son conceptos bien distintos y diferenciados. La "flexibilidad laboral" está llamada a jugar en la sociedad posindustrial del siglo XXI un importante rol ya que es un concepto ligado al pleno empleo, no asalariado, contractual, de jornada y horarios libres, justamente retribuido y regido por nuevas leyes sociales, que serán necesarias, ya que conflictos e injusticias en esa sociedad tampoco faltarán, y sostenido por nuevas organizaciones sindicales, interesadas ahora no sólo en la defensa del trabajador, sino también del trabajo y de las empresas que generen

trabajo. La "precariedad laboral", por el contrario, apunta más bien a describir una sociedad como la nuestra donde el trabajo ha perdido su estabilidad y garantía de hecho y de derecho, tanto para el desocupado como para el que todavía trabaja. Con la "precariedad laboral" entramos en un nuevo tipo de sociedad global, a la cual todavía no le hemos dado forma, distinta de la anterior, pero que todavía no es, tampoco, la que aspiramos, la que puede advenir, en la que tanto el trabajo como el ocio y otras realidades humanas sean reconocidas en su propio valor humano y trascendente. Por eso consideramos a esta sociedad en la que actualmente vivimos como una sociedad en transición. Pero la nueva sociedad y su propio imaginario social no llegan porque sí. Ellos deben ser consciente y tenazmente buscados.

2. En esta transición las grandes ciudades de América Latina guardan dentro de sí mismas un enorme reservorio cultural. Esta es, quizás, su esperanza. La "desustancialización" posmoderna no ha arrasado con todo. Y ni siquiera la modernidad ha llevado a cabo su periplo completo como lo hizo en los países centrales. En nuestras ciudades el imaginario social urbano guarda en su triplicidad significativa una clave de desenvolvimiento que bien vale la pena no descuidar. Muchas veces un nacionalismo tradicionalista mal concebido defendió a ultranza los valores del pasado, tanto los adscritos a la determinación tradicional como a la moderna de nuestro imaginario. La identidad se buscaba en el pasado y en sus simbólica tradicional o moderna. Hoy nos damos cuenta de que la identidad debemos buscarla en el futuro, en todo aquello que nos puede unir como nación dentro de un mundo globalizado, pero sin olvidarnos de las mejores enseñanzas del pasado y de los signos del presente, en sus diversas vertientes vivas de la tradición, la modernidad y la posmodernidad, a fin de reconquistar con verdad esa ansiada identidad, que ya no podrá ser más que plural, en su nuevo ser de futuro. Es aquí donde la Educación puede dar una contribución significativa en orden a formar ese nuevo imaginario social. La tarea es enorme. Pero para hacerlo ella debe transformarse a sí misma. La baja calidad de nuestro sistema educativo, la conciencia creciente de importantes sectores sociales de nuestro país que reclamaban un impostergable cambio de este sistema, y la voluntad política del gobierno hicieron posible que se pusieran las bases de tal transformación, expresada, primero, en la Ley Federal de Educación de 1993, y, luego, en otras acciones que se han ido tomando progresivamente con el correr del tiempo y que todavía no han terminado. Esta es la situación. La transformación del sistema educativo está recién en sus comienzos. Graves cuestiones quedan pendientes. La tarea es grande y su puesta a punto demandará, quizás, unos 25 años, es decir, ¡toda una

generación de docentes, de padres y de alumnos! Pero no hay que ilusionarse demasiado. Muy probablemente dentro de 25 años otras demandas societarias exigirán otros cambios y adecuaciones, semejantes o mayores que las actuales. Lo cierto es que hoy la educación argentina siente frente al mundo del trabajo importantes demandas. No evidentemente la demanda de resolver el problema del desempleo estructural que afecta al país. Eso no le corresponde. Pero sí salir con propuestas integrales en orden a ayudar a resolver los variados problemas que hoy plantea el mundo del trabajo. Esas propuestas integrales son respuestas al imaginario social que le toca abordar. El niño, el joven o el adulto, de nuestras grandes ciudades, que entran en el ámbito de la Educación formal o no formal, no son personas humanas despotenciadas de todo contenido, sino, por el contrario, se hallan inscritas dentro de un imaginario social urbano rico en determinaciones tradicionales, modernas y posmodernas. Este previo reconocimiento, permite, luego, utilizar esos saberes previos en orden a obtener mediante un adecuado aprendizaje nuevos saberes significativos. Esos saberes para ser integrales deben serlo en una triplicidad de direcciones: el saber conocer, el saber hacer y el saber actuar. Esto vale para todo aprendizaje, particularmente para aquellos necesarios en el mundo del trabajo. El conservar esta triplicidad de direcciones impedirá que la educación se reduzca a ser una simple academia de "capacitación laboral" y que el conocimiento no se hipoteque como mero "capital humano", ordenado a lo exclusivamente productivo. Además, y esto es de la máxima importancia, esos saberes en su triplicidad constitutiva acrecentarán con nueva savia el imaginario social y lo actualizarán en sus diversas determinaciones fundamentales. De este modo la educación afecta intrínsecamente y desde dentro al imaginario social, al mismo tiempo que es afectada por él. Esos nuevos saberes significativos asumidos en los anteriores saberes y con sus debidas modificaciones es el reservorio vital que hace a un pueblo sabio, ¡la máxima calificación con la que podemos calificar a un pueblo! En este sentido debemos modificar el acierto de Sakaiya y de otros pensadores de que nos dirigimos a una "sociedad del conocimiento", si por tal expresión se entiende la reducción del saber a un conocimiento meramente pragmático-economicista. En su lugar deberíamos poner otra expresión mucho más rica e integral al decir que nos dirigimos hacia una "sociedad del saber" en el sentido antes expresado.

3. Nos aproximamos al tercer milenio. Un paso que despierta las más variadas utopías. La educación tiene su propia utopía, ya que no hay acción educativa sin proyecto, sin utopía. Pero la utopía educativa para ser creíble y realizable debe orientarse con los pies muy firmes en el imaginario social en el que enraíza su acción y con la vista puesta en

los signos, que denotan sus posibles cambios y tendencias, en orden a no quedarse atrás replegada en sus carpetas y poder salir así adelante, al encuentro de esas nuevas problemáticas en actitud siempre creativa y renovada. La nueva problemática del trabajo es un formidable desafío a esa creatividad y se inscribe tanto en el plano de la Educación formal como no formal y muy especialmente en la Educación popular, a fin de alcanzar en ellos niveles de verdadera excelencia. Es aquí donde la educación debe contribuir de un modo creativo. Su tarea no es solo preparar a las nuevas generaciones a saber capear las dificultades de la presente transición, sino que, además, debe enseñarles a ser protagonistas de la nueva utopía a la que el siglo XXI los lanza. Y esto solo será posible si la educación pone en movimiento una amplia y profunda reforma pedagógica por la cual desate en el sujeto todas sus libres capacidades en cuanto al aprendizaje integral. No se trata de dejar al niño, al joven y al adulto solos con sus saberes. Ni se trata tampoco de eliminar al maestro o al docente. Muy por el contrario. Se trata de unirlos en una nueva relación pedagógica en la que tanto el niño, como el joven o el adulto en sus aprendizajes son acompañados por el maestro en la integralidad de su misión pedagógica. Y ésta es eminentemente una relación personal y social ya que hace a su saber conocer, su saber hacer y su saber actuar. En esta relación entran todas las dimensiones trascendentes e inmanentes del acto educativo que vinculan a maestro y discípulo. Pero también es aquí donde el discípulo siguiendo el impulso de su propio maestro lo sobrepasa y desprendiéndose de sus manos y ya caminando por sí mismo produce el acto gratuito de su propia creatividad al producir lo nuevo, lo que no estaba precontenido ni en el maestro ni en el discípulo. Esta creatividad es la que hace posible la utopía y la emergencia de lo nuevo y gratuito en cuanto tal. Esa emergencia no está situada en mentes privilegiadas. Es una posibilidad real de nuestro imaginario social urbano con tal que entre en la escuela de su aprendizaje. La educación popular nos da un buen ejemplo de ello. No basta ni es suficiente tener deseos de trabajar para tener éxito en el mundo del trabajo. El cuentapropismo espontáneo hoy se encuentra en graves aprietos. Por el contrario los sectores populares ligados a la economía informal, que hacen suyo el aprendizaje de su conocer en el orden productivo, de su gestión organizativa y su acción ético-comunicativa, tienen más posibilidades para salir airosos en este desafío. Pero esta triple actitud de ningún modo es privativa de los sectores populares de nuestro imaginario social urbano, sino que puede ser compartido por todo el espectro social, muy especialmente por las pequeñas y medianas empresas (Pyme), del sector formal de la economía, que por su tamaño relativamente reducido tienen todavía una movilidad

e iniciativa que las hace muy aptas para el cambio cualitativo de sociedad que se quiere para el día de mañana. Lo que pasa es que las Pyme, surgidas principalmente de nuestra clase media hoy empobrecida, han venido sufriendo una terrible descapitalización y vaciamiento por erradas políticas económicas de puertas abiertas, que las han desprotegido ante la oferta externa con la que no han podido competir. El futuro de las Pyme está ligado a la iniciativa de este sector y a las acertadas políticas económicas, que las sostengan y las afirmen en su expansión.

Por fin algo también debe decirse de la gran empresa. La transnacionalidad de la gran empresa no le da derecho a hacer lo que quiera, ni menos a hacer del usufructo el supremo móvil de su acción. Y éste no es un discurso moral, sino de racionalidad económica, en la que se integra en ordenado equilibrio lo humano con lo económico. La gran empresa, tanto en su etapa constitutiva y productiva, como en su gestión administrativa, en la comercialización de sus productos en el mercado, e, incluso, en la adquisición y consumo de ellos, necesita del aporte de miles y miles de hombres y mujeres que la hagan posible y la sostengan. Sería contrario a toda lógica racional-económica usufructuar inescrupulosamente de aquellos mismos que son su propio sostén. Las empresas que con su accionar empobrecen a los pueblos preparan con ello su propio empobrecimiento y caída. Hoy ya son no pocas las grandes empresas que han comprendido esto y comienzan a sostener nuevas políticas que contemplan no sólo el bien meramente económico, sino el bien integral, humano-económico de la empresa. Las políticas gubernamentales deberían por su parte estimular estos comportamientos, que no solamente beneficiarán a las mismas empresas, sino a toda la comunidad.

BIBLIOGRAFIA

- Ameigeiras, A.R. (1996): "El conurbano bonaerense: ocupación del espacio, trama sociocultural y pobreza", en G.T.Farrell y otros (eds.), *Argentina, tiempo de cambios*, Ed.San Pablo, Buenos Aires, 389-426.
- Calvez, J.-Y.(1996): "Una nueva edad del trabajo", *CIAS* (Bs.As.), XLV, N°451, 72-80.
- Castoriadis, C.(1993): *El mundo fragmentado*, Altamira, Buenos Aires.
- Coraggio, J.L.(1994): "La Reforma Pedagógica" en *Documento de Trabajo I*, Univ. Nac. Gral. Sarmiento, San Miguel (Bs.As.), 5-16.
- Coraggio, J.L.(1995): *Desarrollo humano, economía popular y educación*, Aique, Buenos Aires.

- Díaz, E.(1996): "¿Qué es el imaginario social?", en E.Díaz (ed.), *La ciencia y el imaginario social*, Biblos (Bs.As.), 13-20.
- Drucker, P.F.(1993): *La sociedad poscapitalista*, Sudamericana, - Buenos Aires.
- Dubois, J.(1996): "Requiem pour l'emploi salarié", *Projet*, N° 246, 59-68.
- Farrell, G.T.(1996): "Desempleo, globalidad y ciencia económica", en G.T.Farrell y otros (eds.), *Argentina, tiempo de cambios*, Ed. San Pablo, Buenos Aires.
- Filmus, D.(1995): "¿Para qué educar en los albores del siglo XXI?", *Bol. Acad. Nac. de Educación*, N°20, Buenos Aires, 15-18.
- Filmus, D.(1995): "Educación y trabajo en la Argentina de los '80 ¿Educación precaria para un empleo precarizado?" en G.Tiramonti, C.Braslavsky y D.Filmus (eds.), *Las transformaciones de la educación en diez años de democracia*, Tesis Grupo Editor Norma S.A., Buenos Aires, 277-318.
- Follari, R.A.(1994): *Modernidad y Posmodernidad: una óptica desde América Latina*, Aique, Buenos Aires.
- Forni, F.H.(1993): "Capital y trabajo desde el punto de vista de la primacía del trabajo" en P.Hünemann, J.C.Scannone y M.Eckholt (eds.), *América Latina y la doctrina social de la Iglesia*, Vol.5, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 181-206.
- Gallart, M.A., Jacinto C. y Suárez, A.L.(1996): "Adolescencia, pobreza y formación para el trabajo" en I.Konterllnik y C.Jacinto (eds.): *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*, Losada, Buenos Aires, 95-130.
- García Canclini, N.(1992): *Culturas híbridas. Estrategias para salir de la modernidad*, Sudamericana, Buenos Aires.
- García Delgado, D.: "Desempleo, estructura social y equidad en la Argentina" en G.Farrell y varios (eds.), *Argentina, tiempo de cambios*, Ed. San Pablo, Buenos Aires, 49-106.
- Informe CEPAL-UNESCO(1992): *Educación y conocimiento. Eje de la transformación educativa con equidad*, Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- Jeanniére, A.(1990): "Qu'est-ce la modernité?", *Etudes*, N°373, 499-510.
- Kessler, G.(1996): "Adolescencia, pobreza, ciudadanía y exclusión", en I.Konterllnik y C.Jacinto, *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*, Losada, Buenos Aires, 131-158.
- Lipovetsky, G.(1994): *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Anagrama, Barcelona.

- LoBiondo, G.F.(1997): "La educación popular económica de micro emprendedores" en J.C.Scannone y G.Remolina (eds.): *Ética y Economía. Reflexiones ético-sociales desde América Latina*, Indo-American Press Service, Santafé de Bogotá (en prensa).
- Mejía, M.R.(1992): *Educación Popular. Historia-actualidad-proyecciones*. Centro Poveda, Santo Domingo. Rep.Dominicana.
- Moscato, R.(1996): "Acuerdo Marco Polimodal", CONSUDEC, nº 789, Suplemento, 1-23.
- Neoliberales y pobres. El debate continental por la justicia*, Cinep, Santafé de Bogotá.
- Osborne, D. y Glaeber, T.(1994): *La reinención del gobierno*, Paidós, Barcelona.
- Razeto, L.(1984): *Economía de solidaridad y mercado solidario*, PET, Santiago de Chile.
- Razeto, L.(1990): *Economías de solidaridad*, PET, Santiago de Chile.
- Reich, B.R.(1993): *El trabajo de las naciones*, Vergara, Buenos Aires.
- Revista *Mensaje* (1996): Editorial, Nº447, marzo-abril, Santiago de Chile, 3-5.
- Riedel, M.(1979): "Trabajo" en *Conceptos fundamentales de la filosofía*, Vol.III, Herder, Barcelona, 537-554.
- Rifkin, J.(1996): *El fin del trabajo*, Paidós, Barcelona.
- Roa, A.(1995): *Modernidad y Posmodernidad. Coincidencias y diferencias fundamentales*, Ed.A.Bello, Santiago de Chile.
- Rojas, E.(1992): *El hombre light. Una vida sin valores*, Ed. Temas de hoy, Madrid.
- Saikaiya, T.(1994): *Historia del futuro. La sociedad del conocimiento*, Ed. A. Bello, Santiago de Chile.
- Santuc, V.(1997): "Trabajo y ocio desde la tradición" en J.C.Scannone y G.Remolina (eds.), *Ética y Economía. Reflexiones ético-sociales desde América Latina*, Indo-American Press Service, Santafé de Bogotá (en prensa).
- Scannone, J.C.(1995): "La religión en la América Latina del tercer milenio", *Stromata*, Vol.. 51, 75-88.
- Scannone, J.C.(1996): "La nueva cultura adveniente y emergente: Desafío a la doctrina social de la Iglesia en la Argentina" en G. Farrell y varios, *Argentina, tiempo de cambios*, Ed. San Pablo, Buenos Aires.
- Schiefelbein, E. y otros(1992): *En busca de la Escuela del siglo XXI*, CPU-UNESCO, Santiago de Chile.

- Seibold, J.R.(1987): "Teoría y Praxis. Presupuestos ontológicos para una teología de la acción", *Stromata*, Vol. 44, 91-123.
- Seibold, J.R.(1993): "Solidaridad. Su problemática desde el ethos cultural argentino" en P.Hünemann y J.C.Scannone (eds.), *América Latina y la Doctrina Social de la Iglesia*, Vol.4 B, 227-261.
- Seibold, J.R.(1995): "Imaginario social y religiosidad popular", *Stromata*, Año Vol. 51, 131-140.
- Seibold, J.R.(1996): "Imaginario social, religiosidad popular y transformación educativa", en G.Farrell y otros, *Argentina, tiempo de cambios*, Ed. San Pablo, Buenos Aires, 323-347.
- Suárez, A.L.(1996): "Microemprendimientos y capacitación. Desafíos y dificultades" en I.Konterllnik y C.Jacinto, *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*, Losada, Buenos Aires.
- Toffler, A.(1992): *La tercera ola*, Plaza y Janés, Barcelona.
- Vattimo, G.(1994): *El fin de la modernidad*, Gedisa, Barcelona.
- Zona Educativa*(1996), Año 1, Nº7, Min. Cultura y Educación, Buenos Aires: "Especial: Educación Tecnológica".